

de evitar los abusos que se cometían con los trabajadores; se dictaron instrucciones contra los trajes y las sedas para impedir el lujo exagerado; pero, en el fondo,—lo ha enseñado la historia,—no hay peor sistema de tiranía que el que pretende hacer el bien despojando de libertad á los hombres. La Inquisición hacía un bien, según ese criterio, privando á los heréticos de la vida para salvar sus almas; como hacía un bien el legislador que sembraba la miseria en multitud de familias, al prohibir el trabajo de mujeres y niños en determinadas industrias.

El Virreinato desapareció,—como lo hemos dicho,—el día en que un grupo social tuvo conciencia de la posibilidad de satisfacer mayor número de necesidades, aunque,—y también lo hemos dicho,—no se encontraba ese grupo en aptitud de conocer y adquirir los medios de atender á esa satisfacción. Ha sido una larga y trabajosa lucha desenvuelta durante un período anárquico, en el que la riqueza pública había de permanecer abatida, estacionaria, irredenta, en tanto que, en medio de las convulsiones patrias, se formaban las nuevas fuerzas que debían de dar consistencia y energía á la nacionalidad mexicana.

CAPÍTULO IV

LA ANARQUÍA

ELEMENTOS FAVORABLES Á LA ANARQUÍA. LA NUEVA NACIONALIDAD: GRUPOS EXPOLIADORES Y GRUPOS EXPOLIADOS. ORÍGENES DEL PROHIBICIONISMO MEXICANO. LA INDUSTRIA Y LAS REVOLUCIONES. EL PROBLEMA HACENDARIO. DE LA INDEPENDENCIA Á LA REFORMA: EL SISTEMA PROHIBICIONISTA Y EL BANCO DE AVÍO. DON LUCAS ALAMÁN Y LA INDUSTRIA MEXICANA. LA OBRA DE LA REFORMA. DE LA INTERVENCIÓN AL RESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA: FUNCIÓN ECONÓMICA DE LA INTERVENCIÓN. EL PROGRAMA DEL IMPERIO. INFLUENCIA DE LA INVASIÓN AMERICANA Y DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN LA TAREA INDUSTRIAL. EL PROBLEMA DE LA REPÚBLICA.

En el espacio de medio siglo que integra la etapa de formación,—de la independencia de la antigua colonia al restablecimiento de la República,—el país registra dos guerras invasoras, una gran lucha económica (la Reforma) y una serie de contiendas civiles, de antagonismos de grupos, que prolongan la infancia de la nacionalidad.

Durante este período, el trabajo social permanece estacionario; las fuerzas que lo animan, mal conducidas; las energías, esterilizadas; los elementos de prosperidad, sin cohesión; los factores de la actividad colectiva, en combate constante; el estado de los espíritus, extraviado, sin brújula; la riqueza pública,—y sus manifestaciones naturales, la industria y el comercio,—sometida á subordinación depresiva; la nacionalidad, próxima á naufragar en un mar de corrientes contrarias, á pulverizarse en una fragmentación de partículas inasimilables, en un feudalismo de cacicazgos que convierte la revuelta en un poder anárquico.

El problema económico se hace más punzante, más doloroso; los soportes que debieran sostenerlo,—el capital, el trabajo, la iniciativa,—niéganse á prestar su concurso; las clases superiores se arrojan á la infecunda tarea burocrática; los apetitos se despiertan, excítanse las concupiscencias; del fondo que se creía inagotable, de la riqueza de la nueva patria se espera extraer las fortunas privadas; chocan los privilegios, bregan los privilegiados; y se perpetúa la acción revolucionaria, al amparo del medio físico, que convierte cada picacho en una fortaleza inexpugnable y cada cacique en un señor del terruño.

Todos los elementos activos se muestran adversarios del Progreso, todos le son abiertamente hostiles, todos contribuyen al estancamiento de las fuerzas productivas: la contienda civil, arrancando energías á la labor general; los capitales, esquivando la lucha de la competencia, tejiendo con los hilos del agio la red

que envuelve en desastres financieros á las administraciones públicas; la industria, invocando absurdos privilegios, parapetándose tras de funestos monopolios; las ideas circulantes, los prejuicios, el aislamiento en que vivió el país durante los primeros tiempos.

Fué la etapa de formación, de la que el país había de salir á impulsos de un hecho inesperado, que al determinar un peligro común, congregó los gérmenes desunidos, los disgregados componentes sociales, que podían y debían constituir sólidamente un Estado.

La Intervención hizo la unidad política nacional; conmovió los espíritus, agitó los materiales económicos. El Imperio no completó la obra: gobierno ineficaz, sin apoyo, sin recursos para destruir los obstáculos que se han opuesto á la creación de la riqueza pública, sin fuerza moral, sin fuerza de tradición, debía caer y cayó bajo el peso de la bancarrota y del descrédito. Dejaba el camino expedito. La evolución no comenzó, empero, sino más tarde, cuando fueron destruidos los estorbos que muchos años de errores perpetuados habían amontonado contra el desenvolvimiento de la patria.

La nueva nacionalidad.—El movimiento de emancipación lo encabezó el grupo civil, que era el pensador; la Independencia se realizó por el grupo militar. Quería decir esto mucho; quería decir que en lo sucesivo esta última clase había de tener, y la tuvo realmente, una ingerencia muy activa, muy terminante, en la resolución de los problemas que surgieran en el flamante Estado.

La clase civil se había nutrido en las doctrinas revolucionarias francesas; era un núcleo demoleador, impregnado en principios abstractos, inspirado en palabras vagas, en nociones poco precisas, en programas improvisados. Orgulloso de la nueva patria, con delirios de perseguido, explicables en buena parte por reiteradas agresiones extrañas, de este grupo debía salir la inquieta turba de politicastros, oradores de club, periodistas y juriconsultos, que ha agitado durante tan largo tiempo á la República, y de entre la que surgía, como una excepción, tal ó cual hombre de alto espíritu, un clarividente, un enérgico, un legislador, un patriota.

El grupo militar, osado, valeroso, poco ó nada instruido, formado de ambiciosos audaces, sin ideas fijas, á menudo sin criterio, sólo entraba en acción si sentía amenazados sus privilegios. Entonces se lanzaba al *pronunciamento*, que le ofrecía el medio de seguir viviendo sobre la riqueza nacional.

Había aún otra clase espoliadora, otro grupo de privilegiados: el clero, detentador de la fortuna colectiva, que continuó siendo,—hasta después de la Reforma, que marca un cambio decisivo en la condición de estas clases,—el único gremio rico, poderoso y fuerte.

Estos dos grupos (la milicia y el clero) llegaron alguna vez á entenderse; fueron entonces las dos terribles mandíbulas de un insaciable animal carnívoro.

Eran éstos los directores de la nueva sociedad, los que habían de poner en juego los cacareados elementos de producción. Y su obra fué tal, que en breve acabaron por secar las fuentes, por agotar los manantiales, ineficaces para llenar los depósitos cavados por el parasitismo. Los tres grupos pesaban rudamente sobre la riqueza pública; cuando no figuraba en la lista del presupuesto, el grupo civil se convertía en revolucionario; los otros dos lo eran de instinto.

Los mismos encargados de dar forma práctica á la función económica,—capitalistas, industriales, comerciantes, hombres de negocios,—no adoptaron mejor programa: el capital se alimenta del agio; la industria, de las concesiones privadas; el comercio, del contrabando; el negocio, de turbias especulaciones.

La clase popular, la dirigida, la destinada á la tarea manual, persistió en su viejo abatimiento. La emancipación no levantó á estos prosternados, no vigorizó á estos débiles; siguieron siendo los voluntarios esclavos de otros señores; el nombre había cambiado, el hecho era el mismo. «La independencia nos convirtió en *gachupines* de los indios,» ha dicho D. Guillermo Prieto. ¿Lo somos todavía?

Las ideas igualitarias, las democráticas, han pasado como un soplo de hornaza sin fundir estas esculturas de hielo. Idealmente redimido por voluntad del legislador, del estadista, del tribuno, del revolucionario, el indígena es espoliado como en los antiguos tiempos por el propietario agrícola, por el fabricante de los campos, que á cambio de su bajo jornal le cede en la *tienda*, y á precios elevados, los productos in-

dispensables á su miserable existencia: varas de manta, sombreros de palma y sobre todo aguardiente, mucho aguardiente, el péfido licor de la eliminación humana.

Con estos elementos sociales no podía comunicarse un gran impulso á la evolución industrial de este período de la vida patria.

Nació y desarrollóse la nueva nacionalidad en medio de graves complicaciones internacionales, que llegaron á traducirse por una serie de actos de hostilidad contra la consolidación mexicana: la obstinada resistencia de San Juan de Ulúa, el desembarco de Barradas y la excursión de Joinville sembraron la desconfianza hacia los pueblos extranjeros; más tarde, la guerra con los Estados Unidos y la Intervención francesa contribuyeron poderosamente á avivar este sentimiento.

Unida á él continuaba, cada vez más firme, sostenida la idea de nuestra excepcional riqueza, y formaron, al encontrarse, un concepto que por mucho tiempo ha servido de bagaje, no ya á nuestras clases menos ilustradas, sino también á las de un nivel intelectual más alto: «los extranjeros desean apoderarse de nuestro territorio, con objeto de explotar por su propia cuenta los asombrosos elementos de prosperidad que contiene este privilegiado suelo.»

Por este solo hecho, México entraba en lucha perpetua con todos los países, encubiertos enemigos nuestros.

Todavía en épocas recientes, hemos visto sostener en hojas impresas, en discusiones parlamentarias, ese mismo principio, extremado arduosamente en los momentos en que se concedieron las primeras franquicias á los capitales extranjeros, en los días en que sólo una política liberal y amplia podía salvar al país de los horrores de la miseria y aumentar sus materiales de bienestar.

Para libertarse de ese supuesto peligro existía un supremo recurso: encerrarse dentro de los límites de la nación, vivir exclusivamente de ella, puesto que poseía todos los recursos indispensables á su existencia. Y de aquí surgieron el prohibicionismo primero, el proteccionismo después, que tan profundo influjo han tenido en la industria nacional, que, desde los primeros tiempos, fué despojada del hábito de acudir al campo de la competencia.

Las mismas ideas liberales, triunfantes al cabo, después de empeñoso debate, no lograron emancipar á la opinión de sus errores económicos; los hombres de aquel partido que transitoriamente llegaron al poder hasta el triunfo de Ayutla, habían buscado sus inspiraciones en la conducta de los administradores del *Rey Sol*. La obra de Colbert se les aparecía como un modelo y á ella procuraron ajustar todos sus programas hacendarios.

Los daños ocasionados por el sistema prohibicionista y exageradamente protector eran, no obstante, tan visibles, que algunos publicistas y hombres de Estado que surgieron á la vida pública con el movimiento de 1854 los señalan claramente. Don Miguel Lerdo y D. Manuel Siliceo, el primero en su bien documentado trabajo acerca del comercio exterior de México, dado á la publicidad todavía bajo la dictadura de Santa Ana, en 1853, y el segundo en su *Memoria de Fomento* (1857), encarecen la necesidad de una reforma liberal, ya que «el medio más seguro de fomentar y hacer progresar la industria de un pueblo, con beneficio general, es el de ponerla en competencia con la de otros países más adelantados, y que la única protección que puede concederse á los industriales de una nación respecto de los extranjeros, es la de gravar las mercancías de éstos con unos impuestos prudentes para que la rivalidad no sea ruinososa á aquéllos.»

Fué una inútil propaganda; las doctrinas del libre-cambio, aprendidas también en libros franceses (Federico Bastiat fué el principal inspirador de nuestros economistas de fines de esta época), permanecieron siempre en el terreno especulativo; los *Uricos*, como se los ha llamado, fueron constantemente vendidos por los *prácticos* en esta acalorada polémica de intereses encontrados.

El error independiente era en el fondo el error colonial; ambos se inspiraban en igual hecho económico: la obstinada defensa del mercado nacional á las mercancías de otras naciones; los procedimientos para alcanzar este resultado, los mismos: las prohibiciones, los monopolios, los privilegios. Idénticos yerros perturban los espíritus, y así *la balanza de comercio* sigue siendo la fórmula reveladora en que se apoyan los directores de la labor industrial.

Todavía, á raíz de la primera crisis provocada por la depreciación de la plata (1886), un grupo de publicistas pretende que la República es víctima de un odioso complot de extranjeros que tiene por objeto nuestra ruina, y un diario serio propone, como única solución salvadora, que se suspendan las relaciones comerciales con todos los países, puesto que la nación posee sobrados productos con que atender á sus necesidades. Sólo una nueva educación, fundada en la interpretación desapasionada de los hechos, en la crítica científica de los elementos nacionales, podía resolver el problema. Pero faltaba esta educación á las clases superiores, y de ahí que el joven Estado no encontrara el camino que debía conducirle á la conquista de su prosperidad económica.

La característica de una nacionalidad es la fusión de ideas, sentimientos, necesidades y aspiraciones de todas las unidades sociales á impulso de un fin común. En México,—y ya es tiempo de decirlo,—á raíz de la Independencia y mucho tiempo después no hubo realmente nacionalidad. Ni las condiciones del territorio,—á que tan frecuentemente hemos aludido en estas páginas, como explicación de determinados fenómenos sociológicos,—ni la diversidad de razas, ni la diferencia de vida, costumbres y nivel intelectual de los diversos grupos, pudieron dar espontáneo nacimiento á esta fusión, generadora de la solidaridad colectiva.

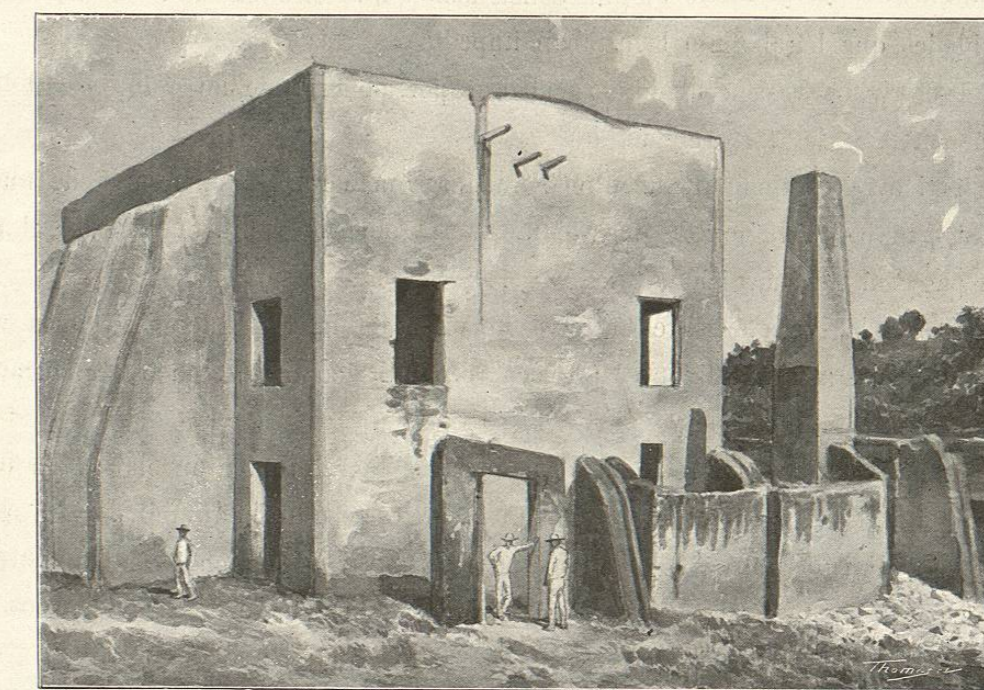
Las condiciones de la existencia variaban en cada comarca; cada clima marcaba necesidades distintas; el cacicazgo contribuía á agrandar á estos abismos, que separaban entidades solitarias de un Estado, y los impuestos locales,—consecuencia del sistema federal, que sólo sirvió para aflojar lazos,—fomentaron todavía este aislamiento, elevando repentinos obstáculos á las funciones del aparato distribuidor económico.

La nacionalidad mexicana se ha ido formando más tarde, con los dolores, las tristezas y también los entusiasmos y las satisfacciones comunes; se ha cimentado y ha adquirido fuerzas con la supresión de los elementos adversos á una agregación homogénea y harmónica.

La industria y las revoluciones.—La guerra de Secesión en los Estados Unidos, la lucha civil típica provocada por una fuerza económica, determinó una gran expansión en los elementos industriales de la República Norte-Americana.

Fué el choque de las necesidades de dos porciones de un solo Estado en dos distintos períodos evolutivos: el Sur, en la primitiva etapa agrícola, sugestionado con sus riquezas naturales, dentro del régimen de esclavitud; el Norte, la comarca industrial, la enérgica, desenvolviéndose bajo el trabajo libre, ansiosa de esparcimiento. «En el Norte, la sociedad y la industria siguieron la corriente general del progreso; en el Sur, permanecieron cristalizados en la inmovilidad del conservantismo,» ha dicho un publicista americano, sintetizando en pocas palabras las causas del conflicto. El triunfo de los Estados del Norte ha sido el origen de la prosperidad del país, compartida, desde los primeros tiempos, por todas las clases sociales.

En México, las guerras civiles han tenido una causa económica; pero la victoria de cualquiera de los



Ruinas de «La Aurora,» fábrica de hilados y tejidos establecida en Valladolid (Yucatán), por D. Pedro Sainz de Baranda